

á su nuevo adversario en la cabeza, dejándole tendido en el suelo, aturdido y arrojando sangre por la nariz y la boca.

Ante el nuevo ataque, el oso había soltado al campesino, pero éste, aturdidamente, fuera de sí, en lugar de huir se arrojó sobre el oso, abrazándose con él; y luchando á brazo partido cayeron al suelo y rodaron por la pendiente de la montaña, unas veces el oso encima y otras debajo del labriego. Aprovechando un momento favorable, el oso soltó á su adversario y desapareció en el bosque.

Una vez repuestos los cazadores de la emoción y sobresalto producido por semejante escena, determinaron proseguir la batida del oso, con mayor motivo cuanto que la sangre que perdía daba halagüeñas esperanzas á los cazadores.

Durante muchas horas, por montes y por valles, siguieron la pista del oso, hasta que las tinieblas de la noche pusieron término á sus pesquisas.

Al día siguiente los cazadores continuaron la batida; pero, á pesar de que buscaron con ahinco por todos lados, fueron sus afanes inútiles.

Por fin, el tercer día, los infatigables cazadores llegaron hasta el pie de una roca escarpada, á la que sólo se podía subir merced á un estrechísimo sendero. Las huellas indicaban que el oso se hallaba oculto por allí cerca, pues no se veía otra salida más que este estrecho pasaje, y no se descubría la menor huella que denotara que el oso hubiese retrocedido.

Apenas los cazadores se hallaban colocados en el estrecho barranco, el oso, haciendo oír espantosos gruñidos, se lanzó sobre sus perseguidores con la gola abierta y echando un aliento más abrasador que el humo de una locomotora.

El guarda general alojó una bala en el cuerpo del oso, y uno de los guardas apoyó casi el cañón de su fusil sobre el pecho del animal, pero su tiro falló; y el oso, en el colmo de la exasperación, levantándose sobre sus patas traseras, y en las de delante, comenzó á echar á su alrededor pedazos de tierra con tal furia, que apenas se le veía.

El abogado, apostado casi en mitad del barranco, lleno de pavor, y temiendo que el oso le arrollase al escapar, dió un salto de lado; pero, resbalando sobre el hielo, cayó de cabeza al precipicio.

El oso, así que vió libre el camino, sin cuidarse ya de los tiradores, dando algunos vigorosos saltos, se lanzó sobre la rápida pendiente, siguiendo idéntica dirección que el abogado.

El guarda general disparó contra el oso; pero en

aquel instante, hombre y fiera, formando informe masa, desaparecieron entre la nieve, y los cazadores, consternados, no oyeron más que los ladridos del perro, que persiguió aún durante algunos instantes al oso.

La primera idea que se ocurrió á los cazadores fué que el oso había estrangulado al abogado, ó que éste había sido tocado por el disparo hecho con singular precipitación y ligereza por el guarda general.

Después de activas pesquisas, hallaron al abogado, rota una pierna, y suspendido por milagro sobre el abismo, gracias á un espeso matorral.

Semejante accidente enfrió el ardor de los cazadores, que construyeron unas angarillas con troncos y ramajes sobre las que pusieron al desdichado abogado, que exhalaba grandes gritos de dolor. Llegados á la llanura, le condujeron al villorrio más próximo, pudiendo asegurar á nuestros lectores que el abogado quedó curado de su pasión de cazar osos.

Los cazadores dejaron para el día siguiente continuar la batida. Durante toda la mañana buscaron en balde las huellas del oso á través de áridos barrancos, rocas escarpadas y gargantas profundas.

En fin, por la tarde, los intrépidos cazadores tuvieron la fortuna de ver á lo alto de una cima al oso trepando una rampa de la colina.

Al otro día se lanzaron con nuevo ardor sobre las trazas de la fiera, y á las once de la mañana llegaron junto á una roca que mostraba anchas aberturas, que se hundían en el suelo á guisa de galería, y en la cual había bajado el oso.

Resolvióse hacer salir á la fiera de su escondrijo, pero fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para lograrlo. Parecía al principio que se percibía algún ruido; pero todo se había vuelto silencioso.

Á uno de los guardas se le ocurrió la idea de sacrificar á su perro. Merced á una cuerda, se le descendió por el agujero de la galería, soltándole de pronto. El perro lanzó algunos gemidos de terror; pero, á pesar de que el oso estaba en la caverna, no dió señales de existencia.

El campesino, que había luchado ya con la fiera, tomó la heroica determinación de bajar él mismo al fondo de la gruta para retirar el perro y averiguar el paradero del oso.

Llegado á uno de los declives de la galería, vió que la gruta se dividía en muchas galerías cuya oscuridad no le permitía registrar los últimos límites; y, como no juzgó prudente avanzar, retrocedió.

Durante este tiempo había anochecido, y los cazadores regresaron á la aldea vecina, decididos á volver al

día siguiente, provistos de escalas de cuerda y hachas de pino resinoso, convencidos de que el animal habría muerto ó estaría próximo á sucumbir.

Grande fué su admiración cuando al día siguiente continuaron las pesquisas y notaron que el oso había prudentemente cambiado de domicilio.

Los cazadores siguieron la pista; pero, en muchos sitios, el viento que había soplado durante la noche había de tal suerte borrado las huellas, que fué preciso hacer muchas marchas y contramarchas á fin de encontrarlas; y pasaron el día en tan penosas pesquisas, sin que pudieran dar con la fiera.

Apoderóse el desaliento de los cazadores, y al día siguiente sólo tres siguieron la batida.

Después de muchos esfuerzos, volvieron á hallar por fin la pista del oso, que les condujo hacia la parte del bosque en que se hallaba el gigantesco *erabe* en cuyo vacío y carcomido tronco se había albergado el primer oso.

Llenos de esperanza, y alborozados por la perspectiva de un pronto y feliz éxito, los atrevidos cazadores se dirigieron hacia el árbol, junto al cual notaron huellas recientes.

Aproximáronse con el mayor silencio, tomando las mayores precauciones, con el fusil preparado para hacer fuego.

De repente vieron aparecer, por el enorme agujero abierto en el leñoso árbol, las terribles patas y la poderosa cabeza del oso.

Sonaron tres disparos casi al mismo tiempo que se alojaron en la gruesa cabeza del animal.

La montaña repercutió los alegres hurras lanzados por los valerosos cazadores; y después de tantas fatigas y penosas pesquisas llevaron triunfalmente á casa del guarda general á la feroz alimaña.

Aquel oso pesaba 200 kilos; y después, disecado, lo ofrecieron y regalaron al conde Trichy.

III

Donnaeff nos proporciona, como testigo presencial y abonado, sabrosos é interesantes datos acerca de la caza del oso en Rusia.

«Había comprado,—dice,—nueve osos en el gobierno de Twer, que dista unos 380 *verstes* (kilómetros) de Moscou.

Comprar un oso es una característica expresión que

pregona uno de los preliminares de la caza. Cuando la nieve cubre por completo el suelo, nuestros osos se ocultan en el corazón de las selvas; y, tendidos junto á troncos tronchados por la tempestad, y cubiertos por una capa de nieve de más de un metro de espesor, alestargados por el frío, que baja hasta 29 ó 30 grados bajo cero Réaumur, permanecen sin movimiento hasta los comienzos de la primavera.

Varios campesinos, durante la forzada huelga á que los rigores del invierno les condena, *buscan osos*; y, cuando han logrado descubrir la guarida ó antro de alguno, entonces avisan á los cazadores con quienes suelen previamente estar convenidos.

Mi cuñado, Mr. Lury, me acompañó en la expedición venatoria.

El día de nuestra llegada á Zabolataje, aldea situada en el centro del bosque de Mologa, nos señalaron la guarida del oso en un sitio distante 4 *verstes*.

La ocasión era demasiado propicia para dejar la caza para el día siguiente; así es que, apenas nos apeamos del trineo, reunimos unos treinta campesinos escogidos que, escalonados alrededor del bosque donde el oso dormitaba, lanzaron grandes gritos y clamores para hacer salir á la alimaña.

El oso salió de su guarida en dirección á nosotros; y le señalaban sus terribles gruñidos, aunque permanecía aún oculto entre las malezas. Durante mucho tiempo percibimos el rumor de su paso al través de los arbustos y coníferas, pero sólo notábamos las ondulaciones y movimientos de los árboles, el crujido de las ramas rotas y del hielo pisoteado por el oso.

Por fin, la fiera apareció en el centro de una plazuela ó claro del bosque. La nieve cubría allí en tanta abundancia el suelo, que el oso parecía como si nadara en un mar de hielo.

El animal ofrecía á mi vista una masa pardusca, que, ya se hundía entre la nieve, ya aparecía sobre su superficie. Disparé, y mi bala atravesó las dos espaldas y el pecho, tocando al pulmón.

El oso recorrió, tambaleándose, unos 100 metros, y se dirigió hacia Lury, que le dió el golpe de gracia.

Semejante proeza, realizada con facilidad, nos alentó, y, aquella misma tarde partimos en dirección á otra aldea, llamada Gerebetzi, distante de allí unas 60 *verstes*, y cerca de la cual me había sido señalado otro oso.

Haremos gracia á nuestros lectores del relato de estos viajes en trineo por entre las selvas vírgenes del norte, que Luis Viardot, en sus *Recuerdos de Caza*, describió magistralmente.

Á las 9 de la noche llegamos á Gerebetzi, albergán-



LOBOS DISPUTANDO EL BOTIN AL OSO, POR SPECH